

LA OBSTINACIÓN DE LA IGLESIA ESPAÑOLA

En el último medio siglo España ha tenido una gran fortuna: la de ser objeto de estudio por grandes historiadores de otros países, particularmente de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. El enorme «hueco» causado en los estudios históricos españoles por la catástrofe de 1936-1939 y sus lamentables secuencias, ha sido en gran parte compensado por la atención prestada a España por investigadores foráneos. No es, ahora, la ocasión de mostrar cuánto deben los españoles a dichos hispanistas por haberles facilitado el enlace con el pasado de su patria, pero sí conviene acentuar un rasgo estilístico que desempeñó una función principal en la aludida recuperación: me refiero a la calidad literaria de la prosa de los historiadores franceses, ingleses y norteamericanos centrados en temas españoles. Es más, todavía hoy —cuando el retorno de la libertad de expresión a España ha generado un alud de publicaciones de todo orden sobre la historia nacional y local— resalta el contraste entre la economía estilística de los historiadores foráneos y la profusión hispánica.

El libro de William J. Callahan es un ejemplo de lo que acaba de apuntarse, porque la claridad y concisión de su prosa (sin olvidar su elegancia contenida) son particularmente apropiadas para un muy espinoso tema, usualmente tratado por autores a la vez farragosos y exaltados. Debe señalarse que el profesor Callahan es católico de nacimiento y convicción —y aunque es doctor de Harvard hizo sus estudios de licenciatura en la Universidad jesuita de Boston—, es persona, por lo tanto, con natural sensibilidad para la historia eclesiástica española. Es más, podría decirse que el profesor Callahan emprende su

Saber leer, No. 25, mayo 1989, págs. 1-2, ISSN 0213 6449.

recorrido cronológico (1750-1874) por tierras de España animado por un esperanzado móvil, el de poder emitir un juicio encomiástico sobre la significación histórica de la Iglesia española en la época abierta por Carlos III y «reabierta» (diríase) por Cánovas del Castillo. Mas la ponderación estudiosa del profesor Callahan le obliga a mostrar cómo la Iglesia española (al igual que los expatriados franceses de la Gran Revolución de 1789) no olvidó nunca nada: ni tampoco aprendió nada. Por eso su admirable libro ofrece a los lectores españoles una exposición desoladora.

El profesor Callahan se traza un «campo inteligible» (como diría Toynbee), sin entrar en vastas consideraciones sobre las características peculiares de la Iglesia (o del Estado) en España, como han hecho autores «meta-históricos» —mi maestro Américo Castro y su gran rival Claudio Sánchez-Albornoz, entre otros—, centrándose en un «ruedo ibérico» bien delimitado: el de las relaciones entre la Iglesia y el liberalismo, entendido éste en una amplia acepción política que comprende tanto el reformismo de Carlos III como el pragmatismo de Cánovas del Castillo.

La «modernización»

Asistimos así, en las páginas tan ecuánimes de Callahan, a un enigmático —¡y cuán doloroso para tantos católicos y más aún para tantos «liberales» españoles!— drama espiritual: el de la obstinación de la Iglesia española a combatir lo que en términos actuales llamaríamos la «modernización» de España. El profesor Callahan distingue cronológicamente las fases de dicho drama, y así de su ceñido relato (siempre, como todo gran historiador, ¡en el «terreno del toro»!) se pueden desprender las siguientes «jornadas»: 1759-1789, 1789-1812, 1812-1823, 1823-1833, 1833-1868, 1868-1874. El «drama» tiene un argumento muy sencillo: los «reformadores» españoles fracasan en su aspiración de conseguir la

adhesión de la Iglesia a la transformación de España en un país moderno, aunque no cejan en sus intentos ni tampoco dejan de afirmar repetidamente la especial relación de su patria con el catolicismo.

El profesor Callahan habla así, acertadamente, de una «tradicón liberal» española, desde 1812 a 1931, la de «no» romper con la Iglesia, aun en momentos de grandes tensiones políticas y sociales. En suma, lo que Manuel Azaña reprochaba a la burguesía liberal española del siglo XIX —la falta de arrestos intelectuales para atreverse a proclamar una absoluta libertad de conciencia— queda documentado en este libro, pero por razones muy distintas a las apuntadas por el estadista republicano: el profesor Callahan atribuye la actitud siempre prudente y cautelosa de los liberales (de todo signo) a un sentido de responsabilidad histórica determinado por todo lo sucedido en España desde mediados del siglo XVIII.

La primera jornada (1759-1789) del drama considerado por Callahan es quizás uno de los mejores capítulos del libro (recordemos de paso que la tesis doctoral del autor versó sobre un aspecto del siglo XVIII español) y, en cierto grado, proyecta esa fusión de melancolía histórica y utopía retrospectiva que ha caracterizado el casi tedioso despliegue de celebraciones recientes en torno a los tiempos de Carlos III. Mas, como éstas, Callahan ha contribuido notablemente al conocimiento de una España «ilustrada» que fue una verdadera realidad histórica. Señala así que un número apreciable de los más destacados eclesiásticos —por su formación intelectual y su profunda religiosidad— dieron a la Iglesia española de aquella época una vitalidad espiritual que no volvería a repetirse. E insiste Callahan: «La élite eclesiástica constituía, dentro de la sociedad española, un grupo de alta distinción intelectual».

Los visitantes extranjeros que recorrían España por vez primera y se sorprendían por su apariencia «monacal» (dada la abundancia y la

visibilidad de frailes y sacerdotes en los centros urbanos), se equivocaban si juzgaban que el país estaba regido por la Iglesia. O más precisamente, la Iglesia era un instrumento de los Borbones en sus proyectos de transformación de España, y se podría incluso verla como un cuerpo de funcionarios públicos enteramente identificados con los propósitos reformadores de los monarcas y sus ministros. Sin embargo (como ha demostrado Gonzalo Anes), el peso económico de la Iglesia —particularmente en Castilla— era abrumador para el pueblo español: la catedral de Toledo, por ejemplo, contaba con 237 «empleados» (canónigos, capellanes, músicos, etcétera), un contingente eclesiástico sólo superado en todo el mundo por San Pedro en Roma.

Tampoco puede decirse que la «Antigua Iglesia» había desaparecido completamente después de 1759, como lo mostró el «Asunto Olavide» en 1776, que sembró viejos temores por toda España al poder inquisitorial y confirmó fuera de ella que su nueva imagen «europea» era ilusoria. El profesor Callahan advierte, no obstante, que Carlos III prestó cuidadosa atención a la selección de Inquisidores Generales; mas la muerte del rey en 1788 y el terremoto europeo que fue la Gran Revolución de 1789 afectaron decisivamente el curso de la historia española.

Las cinco jornadas siguientes en el drama expuesto por Callahan son fases de un continuo proceso histórico: el del declinar del poder de la Iglesia al oponerse al liberalismo ascendente de la burguesía española. La segunda jornada (1789-1812) marcó, sin embargo, un inicial resurgir de la «Antigua Iglesia», aunque también se observa la extensión de las ideas y actitudes importadas del Sínodo de Pistoia (1786): Callahan llega, incluso, a hablar de una «guerra ideológica» dentro de la Iglesia y de las alternancias en el poder de retrógrados y reformadores entre 1789 y 1812. Pero la invasión napoleónica de 1808 fue un cataclismo que marcó para todo el siglo siguiente la sociedad, el Estado y la Iglesia de España. De ahí

que Callahan considere que las Cortes de Cádiz —consecuencia directa de la francesada— representaron para la Iglesia española una encrucijada de prolongadas consecuencias: no se trató nunca allí de poner en duda el papel central de la Iglesia en la vida española y su relación con las instituciones estatales. La élite eclesiástica (dividida entre liberales y conservadores) tenía que aceptar que la nueva burguesía española —educada católicamente, pero con ambiciones de poder económico y social semejantes a las de sus equivalentes transpirenaicos— iba a «desprenderse» de la tutela espiritual de la Iglesia.

El anacrónico paréntesis de Fernando VII pareció detener las aspiraciones progresistas de la burguesía española, pero a partir de su muerte (1833) la Iglesia española persistió en resistir los cambios impuestos por la nueva realidad histórica española. Y el profesor Callahan observa que no se ha reflexionado con serenidad ideológica sobre la arraigada hostilidad de la Iglesia a todo lo que representaba la nueva España del liberalismo. Los frailes trabucaires —los cien sacerdotes armados que murieron en Cervera en 1822— no son fácilmente explicables: ¿convendría acercarse a su peculiaridad con los métodos aplicados en México a los «cristeros» contemporáneos? La Iglesia española es todavía un enigma histórico que requiere numerosos trabajos de historia local en los archivos eclesiásticos de todo el país.

La «gran acomodación»

La jornada 1833-1868 (la del triunfo espiritual del liberalismo) tiene un punto cronológico central: el 16 de marzo de 1851, la fecha del Concordato firmado por Juan Bravo Murillo con Roma. Podría llamarse, un tanto valle-inclanescamente, como «la gran acomodación» de la Iglesia (y, sobre todo, de Roma) con la burguesía liberal española de la rama

«moderada». Los progresistas se habían esforzado por crear una clerecía liberal, y los moderados vieron, en cambio, en la Iglesia un factor de considerable estabilidad social.

Puede así concluirse con el profesor Callahan que la alianza de Estado e Iglesia persistirá en España entre 1851 y 1931. De hecho, el presupuesto estatal de Culto y Clero dio a la Iglesia una notable regularidad de ingresos, en contraste con las fluctuaciones determinadas por los precedentes (como antes de la Desamortización) de la producción agrícola. Por otra parte, aunque los eclesiásticos se negaran a admitirlo, todos los cambios aludidos obligaron a la Iglesia a intensificar sus actividades pastorales. De lo cual se derivará, en parte, la expansión de las órdenes religiosas, desde 1874, con variadas consecuencias, que el profesor Callahan estudiará en el volumen dedicado al siglo xx, y que es «un gran paquete» (como diría García Márquez). Pero sin duda estamos ante un gran libro de historia de España, de historia «historiable». En estos días se escribe en España mucha historia sobre temas anodinos —que, en verdad, no deberían constituir objeto de estudios impresos— porque (como decía Américo Castro) no todo es «historiable». Un «objeto» —¡y de qué dimensiones!— que «sí» es historiable es la Iglesia de España. Y justamente hoy, cuando, en gran medida, la Iglesia española ha desempeñado un papel clave (aún por estudiar) en la restauración de la democracia en este país, y cuando abundan los historiadores eclesiásticos de serena disposición intelectual, podría intentarse un nuevo género «desde dentro» que contribuyera sustancialmente a una historia «total» de España. Sólo quisiera añadir, para terminar estas breves páginas, que el profesor Callahan era visto como un verdadero quijote por sus compañeros de doctorado en Harvard: ¡dedicarse a la historia española cuando la historiable era la europea transpirenaica! Quizá sea pertinente indicar que el libro del profesor Callahan se ha reimpresso ya en Harvard;

prueba, a la vez, de su calidad y del interés creciente, fuera de España, en sus grandes enigmas históricos.